José Antonio Zamora

EL TIEMPO SIN TIEMPO

cicus
exposiciones


cicus
exposiciones


José Antonio Zamora
EL TIEMPO
SIN TIEMPO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
cicus
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

José Antonio Zamora

EL TIEMPO SIN TIEMPO

2020

CICUS, Sala Casajús. Calle Madre de Dios, 1. 41004 Sevilla

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Rector
Miguel Ángel Castro Arroyo

Director General de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

Director del Secretariado de Patrimonio
Luis Martínez Montiel

CICUS

Jefe de Servicio
José Luis Hohenleiter Barranco

Director Técnico
Javier Gutiérrez Padilla

Gestión y producción
de exposición / catálogo
Domingo González Lavado

EXPOSICIÓN

Comisariado
Francisco Robles

Montaje
Otto Pardo, Esteban Guzmán e Isidoro Guzmán

Laboratorio fotográfico
Foto Supra

Rotulación e impresión digital
Trillo Comunicación Visual

Enmarcado
Velázquez

CATÁLOGO

Textos
Luis Méndez Rodríguez
Francisco Robles

Diseño gráfico
Estudio Manuel Ortiz

Impresión y encuadernación
Imprenta Sand

ISBN: 978-84-472-3016-7
Depósito Legal: SE 876-2020

A Enrique Taviel de Andrade y a José Antonio Viloria
que me enseñaron a mirar

A Francisco Robles

JOSÉ ANTONIO ZAMORA: EL FOTÓGRAFO Y SU TIEMPO

Luis Méndez Rodríguez
Director General de Cultura y Patrimonio
Universidad de Sevilla

La fotografía es un deseo de permanencia o de pervivencia, desde el momento en que un trozo de vida queda atrapado sobre la superficie fotosensible o en la memoria electrónica de una cámara fotográfica, un ordenador o una nube. Un mensaje de vida lanzado al futuro que perdurará mientras que sobreviva la imagen o no se suspenda el servidor donde se aloja. La fotografía también nos cuenta historias de muchas formas, no de un modo acumulativo como la narración cinematográfica, sino en apenas un instante que convierte una fracción de segundo en eternidad.

El sentido de evidencia y realidad que emanan ha permitido que confiemos en ellas para registrar los acontecimientos políticos y socioeconómicos; otras en cambio son un vehículo para atrapar las emociones y la percepción de los que pasaron ante el objetivo de una cámara. Unas veces fingiendo desde la impostura. Otras veces sintiendo la sangre

en la boca. En su deambular por la historia, las obras de arte nos devuelven al presente el tiempo que ha cristalizado en sus formas como fósiles de un pasado perdido, de momentos fugaces, de destellos de las vidas que la anidaron y la hicieron posible, de muchas pequeñas historias que se han ido adheriendo a su ser.

Volver a otro modo de contar las cosas es lo que nos plantea José Antonio Zamora en esta exposición. Reúne un conjunto de imágenes tomadas en los numerosos viajes que ha realizado por la geografía peninsular, recorriendo muchas localidades andaluzas, junto a pequeñas poblaciones de Badajoz, Cáceres, Burgos, Zamora, Ávila, Salamanca, Ciudad Real, Soria o Santiago. El título de la muestra, *El tiempo sin tiempo*, es toda una declaración de intereses de un proyecto que se centra en lo inmutable, que invita al visitante a detenerse y reflexionar sobre el paso del tiempo, sobre el poder de avenencia de la vida y la muerte. Se trata sin duda de una exposición diferente, primero por su autor, que se centra en atrapar el recorrido de la vida en las continuas historias que atrapa con gran maestría. Y segundo por Paco Robles, que ha preparado la selección y los textos que argumentan el sentido de la mirada de Zamora, tejida en un sólido homenaje de lo que es la amistad. Valgan estas palabras de reconocimiento y agradecimiento por el trabajo que han realizado y que se puede admirar en este catálogo y en esta exposición de contrastes. Un recorrido que más allá de su temática, va y viene entre la luz y la sombra, entre el blanco y negro y el color, oscilando de la circunspección al estruendo, de la continencia al exceso, de la quietud a la sensual efervescencia que guían sus fotografías.

Zamora muestra una selección de retratos y escenas realizadas durante los últimos años en los que ha visitado rincones olvidados o poco transitados del país. Con sus Leica y Nikon

ha registrado la vida, atrapando el sustrato catártico de un paisaje animado de fiestas y rituales, de cultos y celebraciones de un tiempo que reincide año tras año.

Estas representaciones están realizadas con gran oficio y autenticidad, aunque también con ingenio y mucha dosis de ironía. Zamora emplea el reducido campo que abarca la cámara para recortar un fragmento de la realidad, pero no la convencional de la gran ciudad, sino una muy personal. Aquella que se aleja por antítesis de la vida cotidiana, acelerada y convulsa, para observar los márgenes, la periferia o el campo deshabitado. Zamora parece huir de una sociedad en la que todo corre y se precipita a lo inmediato. Su autor prefiere pararse y reflejar el otro lado de lo que vemos, el otro lado de la sombra, precisamente lo que no atendemos con nuestra mirada. De tal manera que ese fragmento encierra otra posible aplicación de la contemplación, una visión más profunda y dinámica, una detonación que nos lleva sin simulaciones a una realidad mucho más amplia de la vida ya sea en los barrios de la ciudad, o del tiempo en la pequeña aldea, y que trasciende íntimamente al encuadre para catapultarnos a la fuerza primigenia del mito o al eterno fluir del rito.

Zamora construye sus fotografías desde un armazón sólido basado en un extraordinario dominio técnico y compositivo, en una peculiar forma de hacernos ver las imágenes, sin grandes artificios, sin esconderse, enseñando las vértebras de su arte que se realiza desde la honestidad con la que escoge una imagen o un acontecimiento. Como sus referentes Cartier Bresson, Doisneau, Ronis o García Rodero, se vuelca en aquello que es significativo estéticamente, pero que también ejerce en el público una especial atracción, una ventana a la que asomarse desde la emoción y la lógica hacia algo más allá de la anécdota visual.

Por eso su obra se afirma reflejando la vida con toda su intensidad y dramatismo buscando el instante decisivo con el que atrapa lo eterno, ya sea en horizontes marismeños de inquietantes nieblas de polvo; en paisajes de paredes encendidas de sol; en iglesias de vetustas canterías o en interiores de austeras y desnudas maderas. Sus fotografías contribuyen a revalorizar la vida, precisamente porque en ellas se palpa la muerte, presente en las relaciones inesperadas, imprevistas, inusitadas de personas y objetos, como la niña jugando en un cementerio; pero también en aquellas donde la luz es la protagonista, la que manifiesta el tema –audaz por ejemplo en la fuerza y coraje del fuego y de los caballos reclamando el uso pleno de los sentidos–; hasta otras donde todo el peso de la luz y de sus sombras modulan el esplendor estatuario de sus personajes que capta sin necesidad de poses premeditadas con su mudo silencio. Sus retratos testimonian la dignidad humana, por encima del gesto y del ruido, uniendo al espectador y al receptor en ese bucle del tiempo que algunas veces comparten, como el rastro que dejamos en las cosas, en la naturaleza o en el halo de una fotografía. En ese ayer que nos es común.



EL TIEMPO SIN TIEMPO

Francisco Robles

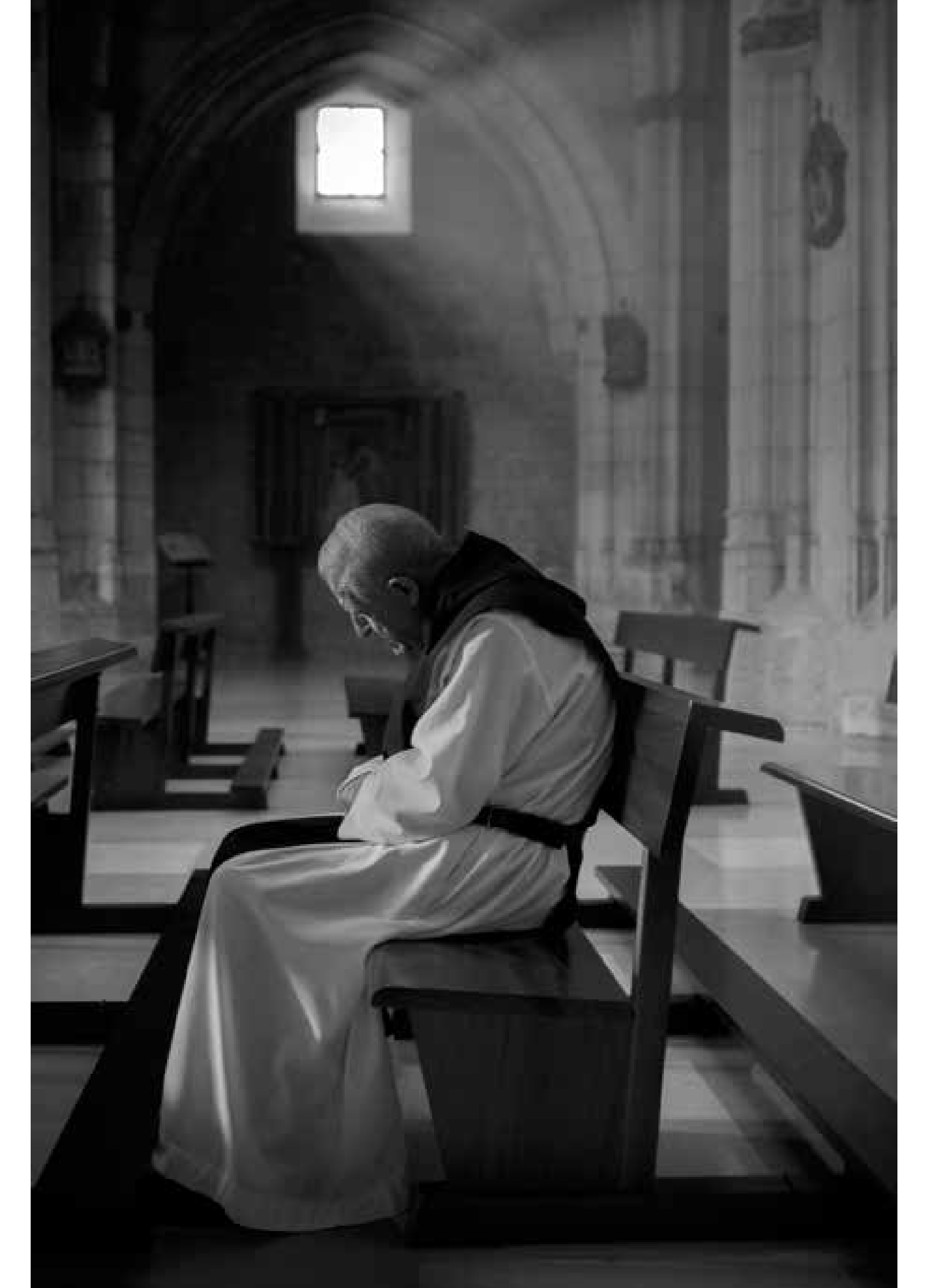
El oficio del fotógrafo consiste en recrear el tiempo sin tiempo del niño. Fue lo que hizo Cernuda en ese poema que le da sentido a toda su obra: Luna llena en Semana Santa. Ahí sitúa la Arcadia en la infancia, en ese tiempo sin tiempo donde el niño vive ajeno a la angustia que provoca el conocimiento de la muerte. Nacemos con esa angustia, aunque la disfracemos y la ocultemos de una y mil maneras. Durante la niñez, el niño no la siente. De ahí la felicidad suprema que le sirve de acompañamiento al proceso continuo –otra vez Cernuda en ese poema– para aprender la vida de forma instintiva y dichosa. Mas llegará el momento en que el tiempo lo alcance. Y entonces el tiempo ya tendrá al tiempo dentro, como una corrosión continua, como eso que Vargas Llosa llamó precisamente así: la carcoma del tiempo.

El oficio del fotógrafo consiste, por debajo de todas las apariencias formales que constituyen la arquitectura formal de su labor, en fijar el tiempo en su contrario: la imagen. Otro poeta lo definió de una forma preclara y definitiva cuando se acercó a su infancia. Para Juan Ramón, Moguer era una blanca maravilla: la luz con el tiempo dentro. Al estar encapsulado por la luz que no conoce la degeneración que provocan los segundos o los minutos, los días o los años, el tiempo no le hace daño al niño que ve en su pueblo el

concepto de lo inmutable. Cada casa era un palacio, y catedral cada templo. Como para el fotógrafo. Porque todo puede ser grande o grave, hondo o sublime para quien se acerca con los ojos del asombro para fotografiarlo.

Esto es lo que le sucede a José Antonio Zamora, un fotógrafo borgesiano que cumple a rajatabla la premisa sobre la que se sustenta toda la obra del divino ciego. «He dicho asombro donde otros dicen solamente costumbre». El artista está movido por el asombro o no es artista. Y el asombro, primer paso del conocimiento para los griegos, solo se consigue si nos acercamos al mundo con una mirada limpia, inocente, infantil. El asombro nos permite ver la rosa como si nunca la hubiéramos visto, como si fuera la primera rosa, como si nunca hubiera existido la rosa. El asombro convierte en muro un simple ladrillo, o en jardín un tímido jaramago. El asombro nos permite ver la grandeza que esconde esa línea rota del fracaso sobre la que se apoya el mendigo. El asombro es la piedra filosofal donde se asienta la fotografía de Zamora.

Así pues, las dos cualidades que no se ven en la fotografía, y que por eso mismo la vertebran, están íntima e inexorablemente relacionadas con la infancia: el tiempo sin tiempo y la capacidad del asombro. Zamora no solo fija la imagen, sino que la desnuda de todos los artificios que podrían alejarla de su propia naturaleza. Perteneciendo a esa elite de la fotografía mundial que son los premiados por National Geographic, este fotógrafo de raza nos muestra la realidad tal cual es, sin más retoques que los ajustes necesarios para su visión en el esplendor del arte. Zamora huye de esos artificios que están convirtiendo cierta fotografía en un cúmulo de postales, en una forma kitsch de edulcorar la realidad para caer con todo el aparato por el resbaladizo terraplén de la cursilería.





DIÁLOGO CON EL ARTISTA

«La fotografía es la conjunción del tiempo con la emoción»

Retratar a José Antonio Zamora es algo tan sencillo como complejo. No es simple ni es difícil extraer una imagen del artista. Es tan natural en su forma de hablar, que el discurso se confunde con su manera de ser. Si hay alguna palabra que lo defina, esa es la serenidad. Charlar con este fotógrafo de raza, de vocación y de corazón es navegar por las aguas quietas de la sabiduría bien entendida. No le hace falta hacer alardes de nada para dejar su discurso tan asentado como sus fotografías. Lo define la sonrisa inteligente, no la carcajada gruesa. La conversación transcurre en un ambiente tranquilo, con silencios medidos que sirven para pasar de una página a otra, de una pregunta a la siguiente.

La palabra objetivo tiene dos significados imprescindibles para el fotógrafo. ¿Cuál es su objetivo cuando abre el objetivo?

Lo que me interesa cuando voy a un lugar concreto para fotografiarlo es el modo de vida de la gente, sus costumbres. No solo quiero retratar a la persona. Voy más allá. Quiero situarla en su ambiente, en su territorio, con sus circunstancias. Sobre todo, en las zonas rurales y en las fiestas populares. Podría decir que mi objetivo es retratar cómo se vive y cómo se siente en esos lugares.

¿El fotógrafo busca lo exótico y lo pintoresco?
En mi caso no es así. Yo busco lo natural, lo que fluye de la vida. No me gusta forzar la máquina. Además, lo exótico llega muchas veces por añadidura. Prefiero profundizar en las costumbres porque te dan la medida exacta del personaje.

El hombre es lo que hace. Eso está claro en su obra. Pero ese hacer está inscrito en el tiempo. Sin embargo, el título de la exposición es un verso de Cernuda que niega al tiempo dentro del mismo tiempo. ¿Por qué el tiempo sin tiempo?
Muchas de las fotos de esta exposición son ajenas al tiempo, parece que no ha pasado por allí. No han pasado el tiempo. La Semana Santa de la provincia de Zamora que aparece es una fiesta claramente medieval, los siglos se aprecian perfectamente. España es tan rica en esas celebraciones ancladas en la antigüedad, que debería conservar ese tesoro único labrado a lo largo de su historia. En algunos lugares sentimos la sensación de que todo eso se va a perder dentro de poco. Y en otros, desgraciadamente, se ha perdido ya.

«Sé bien lo que es, si no se me pregunta. Pero cuando quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé». San Agustín de Hipona, uno de los hombres más sabios que ha dado la historia de la humanidad, no sabía explicar qué es el tiempo. ¿Para un fotógrafo el tiempo es importante o accesorio?
El tiempo lo es todo. El tiempo en fotografía es un clic, es un instante, pero en ese instante está todo. Como decía Cartier-Bresson, el instante decisivo. Cuando aprietas el botón, una cosa que sucede en la línea del tiempo se puede quedar congelada en ese punto. Congelada y detenida para siempre. Puede volver a pasar, pero ya no será igual. Será otro suceso, otra

cosa. El fotógrafo tiene la capacidad de decidir cuál es el momento de ordenarlo a su gusto. En ese momento eres un creador. Ahí está la clave artística de la fotografía: más que hacer una foto, la creas.

Estamos hablando mucho del tiempo, pero muy poco del escenario donde se desarrolla la obra recogida en esta exposición. Ese lugar es España, la *Hispania profundissima*. ¿Cómo es España a vista de fotógrafo?

Para un fotógrafo que consiga meterse en ella, España es diversa. No tiene nada que ver una región con la otra. A veces pienso que las costumbres son tan distintas como las hablas que separan a un pueblo de otro. Lo que me mueve a hacer fotos es precisamente esa diversidad, esa riqueza que la ofrecen muy pocos países en el mundo. Y tenemos la suerte de vivir en uno de ellos.

La España profunda es un concepto que ha degenerado en tópico. Se suele emplear, como el blanco y negro, para denostar a la España que parece reñida con el progreso y que se queda en la antigualla de la tradición. ¿Eso es así para usted?

Ese tópico de la España profunda tiene mala reputación, y puede comprobarse perfectamente si vemos la película de Buñuel sobre la comarca de Las Hurdes. España sigue siendo profunda por las costumbres que se mantienen, pero también es cierto que se ha desarrollado mucho y que hay costumbres que se han perdido afortunada o desafortunadamente. España sigue siendo profunda en determinados aspectos. A mí, como fotógrafo, me sigue sorprendiendo este país que ofrece perfiles fascinantes al fotógrafo, al escritor, a todo se acerque a ella sin prejuicios, con la mirada y la mente limpias.

¿Por qué elige siempre a determinados personajes que poseen unas características muy singulares? No se parecen a nadie, están sacados de otro mundo, de otra época. Sin embargo, usted consigue que los sintamos tan cercanos, que parece que los conocemos de toda la vida…

Porque la persona, el ser humano, es lo que más me interesa. Soy fotógrafo todoterreno, he frecuentado todos los géneros: paisaje, reportajes, deporte, medicina, gastronomía, bodegones... Pero al final, lo que verdaderamente me interesa es la persona, el modo de vida que la caracteriza. Prefiero la foto viva a la naturaleza muerta. Sé que esa foto viva es más difícil de conseguir, porque un bodegón lo puedes ordenar a tu gusto. Sin embargo, la foto de personajes puede cambiar en un instante: una mirada o una sonrisa son tan fugaces que se esfuman al momento. En mis retratos de personajes en su entorno que no posan ante la cámara, he de decidirlo y resolverlo todo en una décima de segundo.

¿Quiénes son sus maestros y sus modelos? ¿Qué influencias fotográficas podemos atisbar si rastreamos en esta exposición y en este catálogo?

Para mí, los padres de la fotografía de reportaje en el mundo son Doisneau, Cartier-Bresson, Robert Capa o Willy Ronis. En España, donde hay muchos y muy buenos, destacaría a Alfonso, a Centelles o a Cristina García Rodero. Además, he tenido la fortuna de encontrarme en la vida con dos amigos a los que le agradezco mi interés por la fotografía: Enrique Taviel de Andrade y José Antonio Viloria fueron los que hicieron que yo me apasionara por la fotografía. Y no solo eso: gracias a ellos dos también pude descubrir a los autores extranjeros que para mí eran desconocidos.

¿Qué le aconsejaron al joven Zamora que se abría paso en la selva de la imagen?

Me dijeron que la clave de todo esto es muy sencilla: hacer muchas fotos y ver muchas fotos. Y tener tu propio estilo, que es lo más difícil.

En su obra destaca la edad media de los personajes que retrata. ¿Por qué las personas mayores copan la atención del fotógrafo?

Cuando voy a los sitios para fotografiarlos no sé qué voy a encontrarme. No busco nada en concreto, pero las personas mayores me aportan una dulzura y una ternura que no te dan los adolescentes. No las busco, me las encuentro, como diría Picasso.

Se nota que usted está artísticamente obsesionado con extraer el espíritu de las personas moldeadas por la vida…

En el Tercer Mundo se dice que no se sacan fotos, sino el alma a los modelos. Al retratarlos, yo intento saber qué piensan y cómo sienten. Y reflejar eso en las fotos, que es lo más difícil.

Personas mayores en ambiente rural. ¿Por qué fotografía tanto en ese medio y no en otro?

Me encanta mucho más el mundo rural que el urbano, más prostituido por modas que vienen de fuera. Sin embargo, el ambiente rural es más auténtico y me interesa más precisamente por eso, por la verdad que posee y que destila. Aun así, cada vez es más difícil encontrar ese ambiente de la pureza rural porque los pueblos están vaciándose.

¿Qué quiere despertar en el espectador con estas fotografías?

Lo fundamental del arte es despertar el interés del espectador, conmoverlo: que la fotografía no le deje indiferente, ajeno a lo que se cuenta en la imagen. Eso es lo peor para un

fotógrafo, que la foto no diga nada, por muy estética y muy perfecta que sea. Me gusta emocionar con la foto, que la gente descubra algo nuevo en el exterior y en su interior, que se emocione. La foto se ha hecho para verla, no para a guardarla como hace mucha gente.

Me recuerda su teoría de la comunicación fotográfica a la de Bécquer. Es la misma. Poesía eres tú. ¿Sin emoción no hay fotografía que valga?

Para mí eso es evidente. Y hablando de la emoción, uno de los iconos de la historia universal de la fotografía es la famosa instantánea de Robert Capa donde aparece un miliciano cayendo en combate. Su valor no es técnico, ya que no se trata de una fotografía virtuosista ni mucho menos. Esto demuestra que la técnica es secundaria: lo primordial es que la foto provoque la emoción del espectador.



EL BUCLE DEL RITO

El rito es un bucle, una manera de engañar al tiempo. El bucle consigue que nos creamos la metáfora del círculo cuando el tiempo avanza en línea recta, sin tropezar ni detenerse, como escribió el poeta. Sin embargo, la liturgia repetida en la cápsula de la fecha concreta que regresa un año y otro año nos crea un espejismo: parece que el tiempo no pasa, que volvemos al punto de partida. ¿Cómo se consigue eso? Con la belleza y la emoción. El ser humano se refugia en esos contornos de su esencia y abandona por un momento la escuadra y el cartabón del raciocinio. Entonces surge la fiesta, que ocupa el lugar que le cede lo cotidiano.

Zamora se acerca a este misterio con la humildad del sabio, con la humanidad del artista que no se cree superior a los demás. En ese error caen los que ven las tradiciones desde arriba, pertrechados con las armas de la falacia y del adanismo que los convierten –eso creen ellos– en seres superiores que ironizan sobre los rudimentos de los que aún no han visto la luz de la Razón. Zamora no hace eso, sino todo lo contrario. Busca el detalle que explique la generalidad. Va de lo particular a lo absoluto.

En estas fotografías aparece algo que emparentó al fotógrafo con el retratado: la mirada. Son miradas de emoción que traspasan la imagen fotográfica y comunican. Si las fotos han de decir algo para que entren en la categoría de lo artístico, estas instantáneas lo dicen todo. Hablan de la debilidad del ser humano ante el misterio de la vida y de la muerte, del rigor que impone la penitencia cuando se limpia el cuerpo de la esclavitud que supone el hedonismo, de la autenticidad que vertebra la actitud el penitente, del nazareno, de los peregrinos entintados por la arena del camino que no sucumben a la tentación de abandonarlo.

La mirada siempre está en el primer plano del significado. Al fondo aparecen los elementos que encuadran la fiesta en el tiempo y el espacio. Las túnicas y las cruces, los capirotes

y los antifaces, las imágenes que salen al espacio abierto en una procesión circular como el bucle del rito. El fotógrafo se encarga de coagular ese trayecto que va del alfa hasta el omega, del principio hasta el fin. Detiene el tiempo y fija el espacio, consiguiendo que esa mirada pasajera se convierta en una obra de arte que quedará inscrita en el otro tiempo que no pasa: el de la contemplación.

El artista no busca una belleza superficial, un efecto inmediato basado en el hipismo. Tampoco cae en esa cursilería propia del que piensa que la belleza de la obra está en el objeto retratado, y no en la forma de retratarlo. Aquí no hay grandes obras de arte porque la foto es el arte en sí misma. Zamora no rehúye de las imperfecciones humanas. Como hiciera Velázquez con los bufones, les imprime una dignidad que no es moneda de curso legal en estos casos. Eleva al retratado hasta el punto de convertirlo en la encarnación de esa emoción que nos salva de la mediocridad, de la rutina gris, de la repetición del modelo de vida que es la verdadera condena del hombre contemporáneo. Cuando uno se emociona, es cuando uno es verdaderamente uno, y no otro más.

Estas fotografías hay que mirarlas sin perder de vista el perspectivismo. Ese ejercicio, fundamental en el oficio del novelista, nos permite comprender al personaje que aparece en el papel o en la pantalla del ordenador. Debemos dejar atrás nuestras creencias y nuestras dudas, y entrar en la mirada de quien lleva una cruz, o porta una imagen, o se deja la piel en la negrura del camino. Aquí estamos tocando una de las vértebras del arte. Por un tiempo acotado pero intenso, nos convertiremos en el penitente, en el peregrino, en el portador de una talla que es mucho más que un trozo de madera, o una obra de artesanía, para quien la lleva sobre los hombros de su memoria. Zamora lo ha hecho con su cámara. Solo falta que nosotros lo hagamos con nuestra mirada.






ANDALUCES
LEVANTAOS!
UJCE



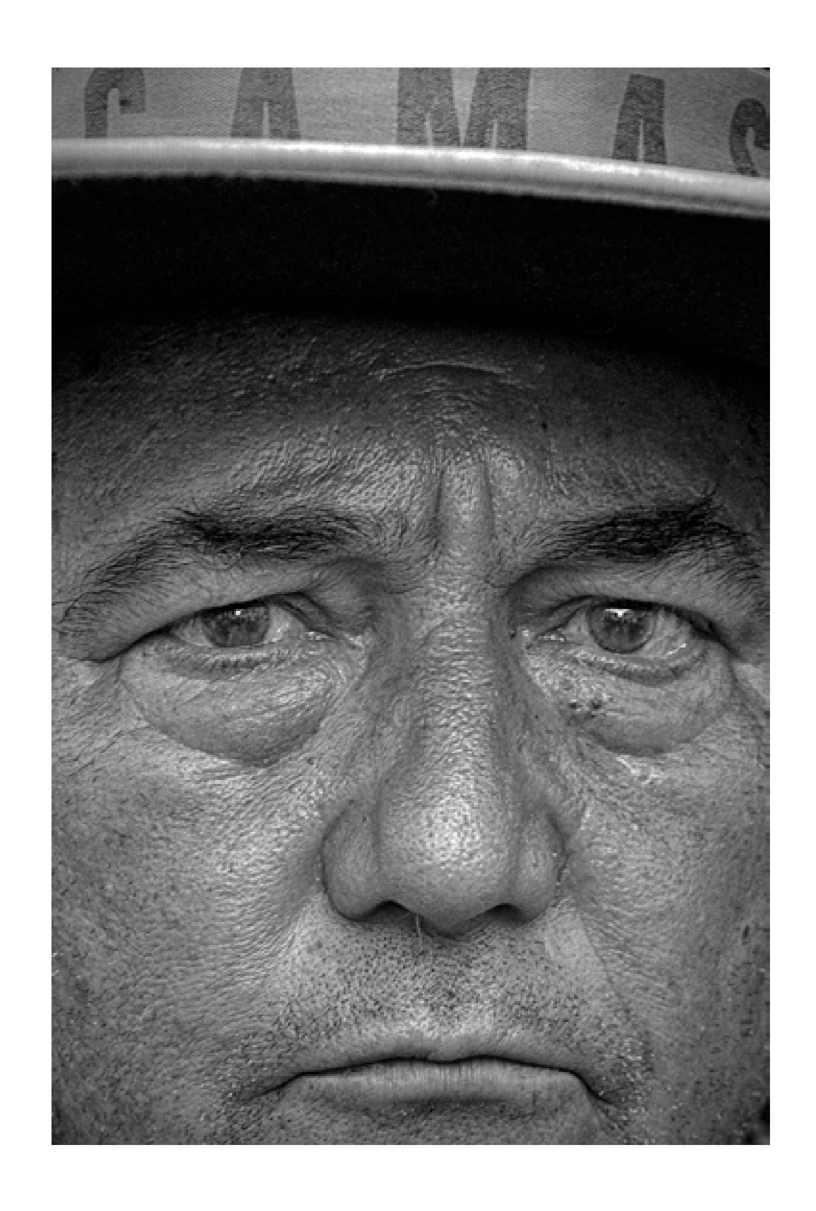



RUTE
axemovil.com

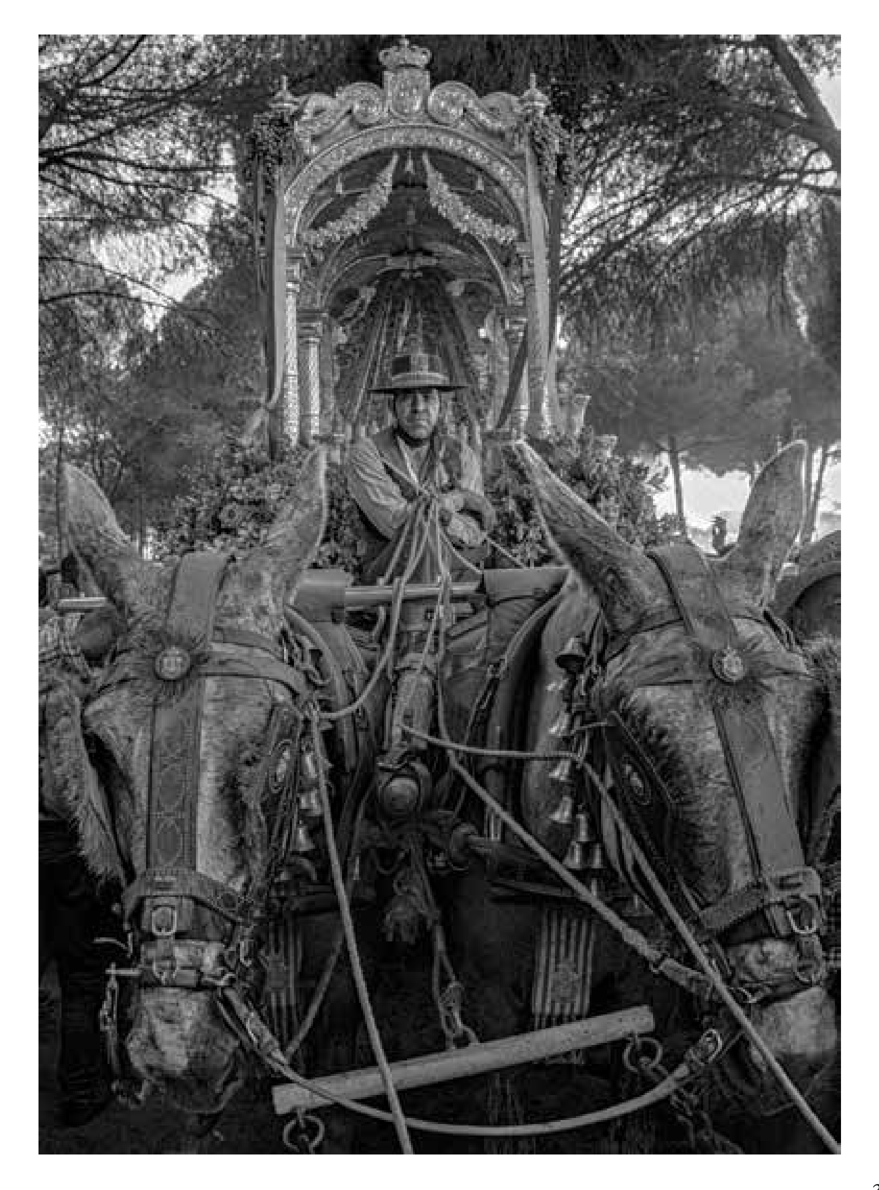




















DE LA LUZ Y SUS NOMBRES

La Luz tiene mil y un nombres. Eso lo sabe el fotógrafo, que trabaja con ella como el alfarero con la arcilla que le sirvió a Dios para crear el hombre. Solo hay algo que no puede crear quien se pone detrás de una cámara: esa luz que le sirve para amasar imágenes y cuadrar perfiles. Esa luz viaja desde la niebla que suaviza los contornos y apaga las disonancias de la forma, hasta la apoteosis que lo engulle todo en la vorágine del fuego. Solo hay que ver los caballos alados que desafían al infierno en las fiestas de San Bartolomé de Pinares y compararlos con los que se intuyen tras la neblina que forma la arena levantada por los romeros que buscan ese otro fuego sagrado en el camino del Rocío.

Los primeros desafían al fuego que se incorporan a su estampa gracias al fotógrafo que capta el momento de la fusión entre el fogoso animal que salta sobre las llamas, y el mismo fuego que parece un corcel desbocado. Todo vibra en esas fotos que se salen de las dos dimensiones, que arden sin que nadie sea capaz de apagar ese furor de la vida que galopa y desafía al control humano que pretende embridarla. Toda una metáfora de la existencia cuando la incendian las pasiones que pretendían controlar los estoicos. Los segundos, tibios y dóciles a la mano del hombre, caminan de forma segura y serena. Encarnan la certeza de quien se sabe a salvo de todo en esa niebla que el poeta Rafael Montesinos buscaba en los nombres que la definen.

Lo apolíneo y lo dionisíaco se bifurcan en esas fotografías de caballos que saltan en el corazón del fuego y que se deslizan suavemente sobre la arena que los envuelve como una gasa protectora. Las dos formas de entender la vida que ya descifraron los griegos están aquí. En San Bartolomé, el color se come a la forma. En el camino del Rocío, esa forma se diluye en la niebla. Es el ojo del espectador el que tiene que recomponerlo todo. Y el que

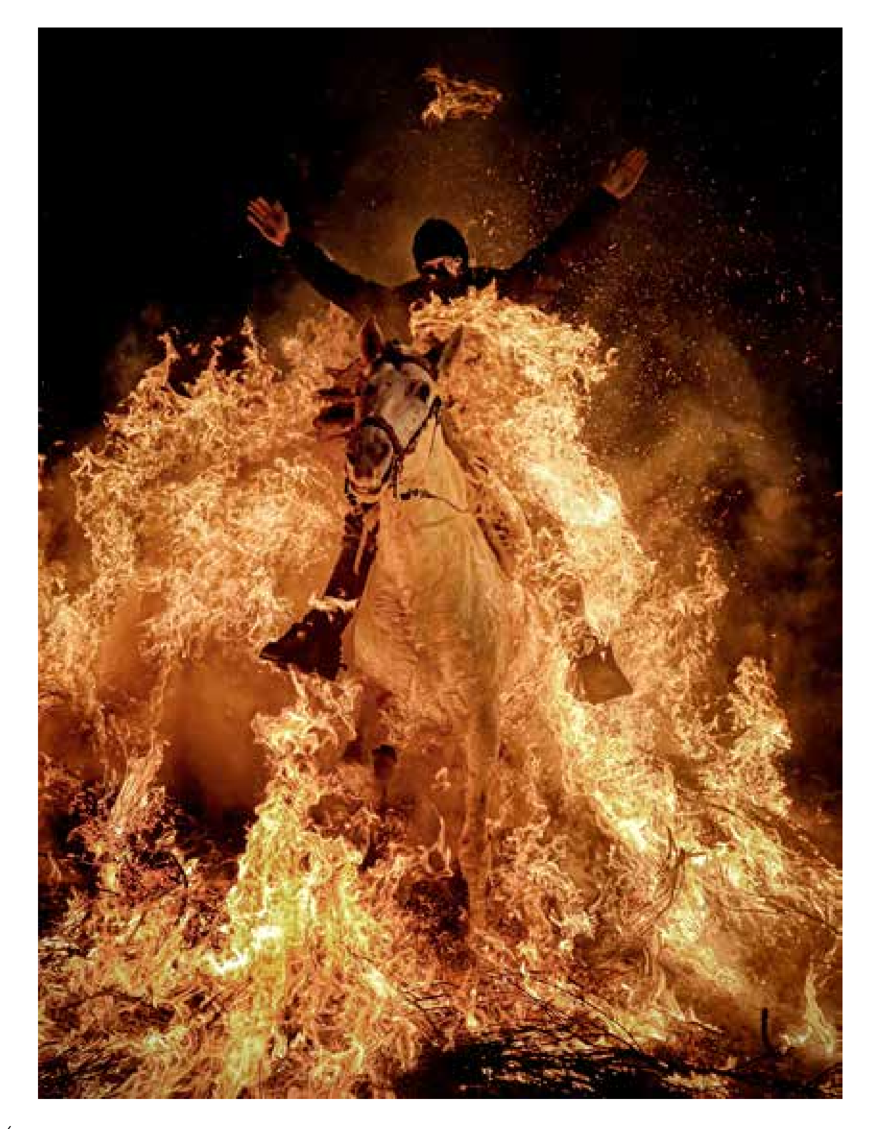
tiene que interpretar esa otra apoteosis contradictoria del color que alumbra los rescoldos de la muerte en el iluminado cementerio. Fuegos fatuos. Luces que encienden la ceniza de la memoria.

Frente a la muerte, la vida que se abre en los ojos de la mujer pintada. Todo el color, todos los colores iluminan el rostro que se abre en las cuencas llenas de vida. Vida y muerte. Dios y el diablo en el blando de la virtud y en el rojo sanguíneo de la desmesura. Luchan el uno y el otro en el movimiento de Luzbel y en la quietud ordenada del Creador. El demonio necesita moverse para hacerse notar, como el fuego que ciega los ojos en los saltos ecuestres de San Bartolomé. Sin embargo, Dios está por encima de esas demostraciones de protagonismo y camina sin aspavientos bajo el palio que lo protege de la luz: como si estuviera en ese otro camino de los caballos que se ocultan o se refugian en la niebla y sus nombres.

Cortázar escribió un relato con un título definitivo: Todos los fuegos el fuego. Sin verbo, sin coma. Todos los fuegos son el fuego, como todos los hombres son el hombre. Como todos los caballos son el caballo. Como todas las manos arrugadas son la misma arruga. Como todos los pimientos de Padrón son el verde de la Naturaleza que nos ofrece la sabiduría del campesino. También podríamos decir que todas las fotografías son la imagen que el hombre anda buscando desde la sangre que se unió a la roca en Altamira. Al final, todas las imágenes son la imagen. Y todos los colores son el color.
























HISPANIA PROFUNDISSIMA

La España profunda es la gran desconocida. Manoseada por los ignorantes que la usan para arrojar la basura intelectual del tópico, la España profunda es lo más contrario a un vertedero. Encarna, aunque algunos no quieran verlo, la pureza decantada por el tiempo. Esta España vaciada de caprichos se concentra en la nobleza del trabajo. Hombres y mujeres de callos en las manos, de esfuerzo arrugado en sus rostros, de miradas de piedra o pedernal que se clavan en el fotógrafo que se atreve a asomarse a la sima donde se concentra lo mejor de una nación que conquistó medio mundo gracias a ese supremo valor del esfuerzo.

Es la España de la pobreza bien entendida, de la austeridad que predicaban los intelectuales de la II República, tan alejada del consumismo que nos convierte en autómatas que compran y gastan a costa de desgastarlo todo. Estos personajes no fueron esa neurosis que los lleva a huir de sí mismos a través de los objetos que compran, o de esa novelería que ahora se llama experiencia. No necesitan separarse del terruño para sonreír levemente, llevan esa dignidad en el porte que solo pueden tener los que habitan sobre la tierra de sus ancestros, sobre la tierra que les pertenece porque en ella aman, laboran y sueñan.

Esta España machadiana es sencilla y auténtica, sin falsos adornos, sin el oropel que oculta o disimula la sobriedad de la piedra, la desnudez del pueblo que no necesita innovaciones arquitectónicas para sentirse integrado en el tiempo y en el paisaje, esos dos elementos que conforman la Naturaleza. Autenticidad que nos retrotrae a la infancia de esos retratados, una infancia que se adivina en el gesto inocente con el que miran a la cámara. Siempre estuvieron ahí, en el corral o en el zaguán, en el banco de piedra, en la calle que han recorrido miles de veces en busca del trabajo o del descanso, del sustento o de la fiesta que se incrusta en el calendario que marca sus vidas.

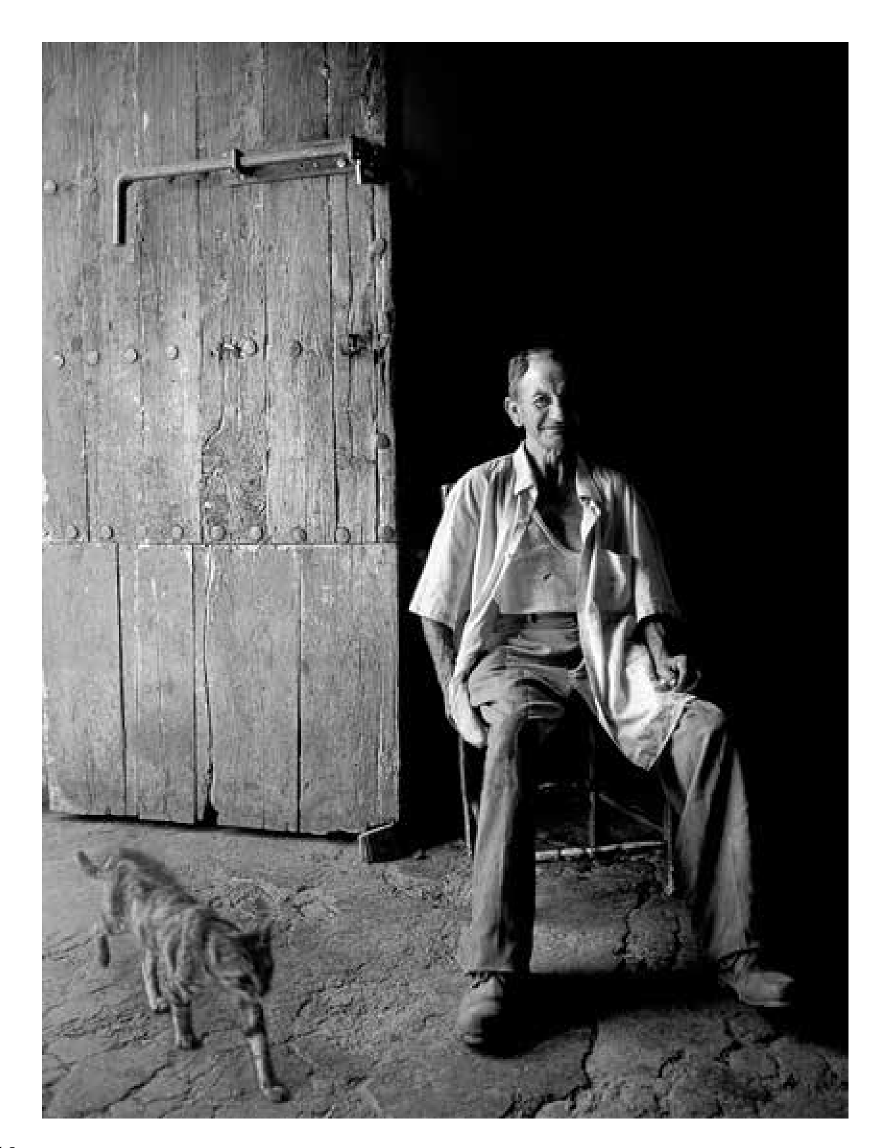
La vejez es algo inherente a estos pueblos que sufren el abandono de los que creen que la juventud es algo urbano. Una vejez que va arando los campos y las facciones de la cara con esas arrugas que fascinan al fotógrafo, y que le dan a su obra un relieve imposible de conseguir en los rostros tratados con los artificios y los afeites que pretenden negar el paso del tiempo. Como si eso fuera posible… Como si el hombre pudiera huir de sí mismo, porque somos el tiempo que hemos vivido. Y como escribió Caballero Bonald, el tiempo que nos queda por vivir, y que aquí se adivina en el ciclo de la lluvia, en la contemplación del paisaje y en la relación con el paisanaje.

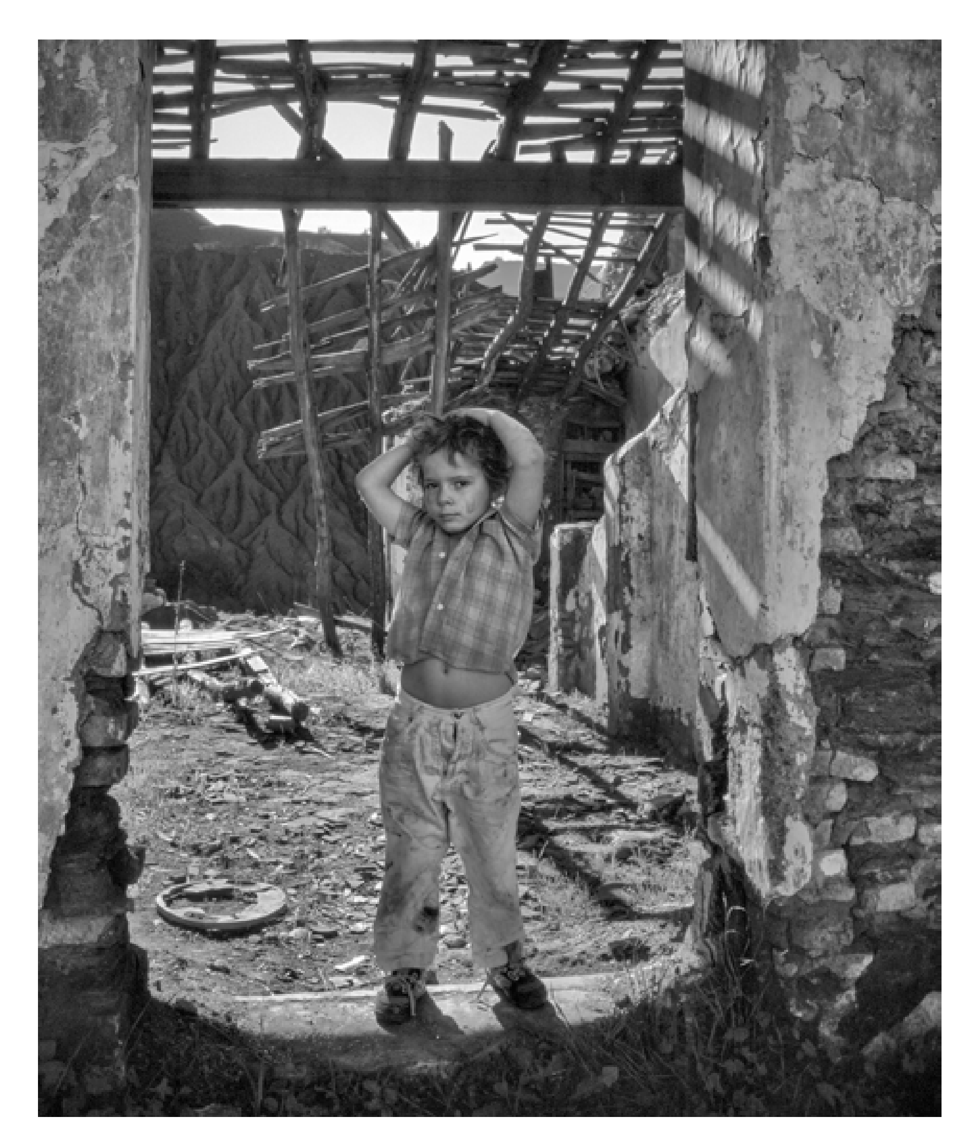
Pueblos de campo y de luto, de fe cimentada en la piedra que pisan los afanes de cada día, o que se alza en forma de templo que recoge las oraciones de los que saben dónde está el lugar exacto para encomendarse a Dios. Bastones para apoyarse cuando el camino se hace largo y duro. La espera se adivina en esa manera de sentarse en un banco, en esa forma de pedir limosna en la puerta de una iglesia o de una catedral, en esas manos extendidas al futuro.

Y al final de todo, el cementerio que puede ser el escenario de un juego infantil que le ponga sordina y contrapunto a la ceniza de la muerte. Todas las edades están en esa foto de la niña que salta sobre el miedo que aún no siente. O en el rosario de quien reza con esa convicción que da la repetición del avemaría como un mantra. Porque el tiempo no se agota para nadie, por muchos años que haya vivido. De este axioma podemos sacar la razón primera y última de la serenidad que alumbra los rostros de los personajes que Zamora elige para sacarlos del anonimato, de la corriente que Heráclito veía en el río donde no podemos bañarnos dos veces.

En estos pueblos de la España profunda está ese elemento, ese valor, ese concepto que no casa con el relativista de una época entregada al antojo y al cambio continuo. En esos pueblos está la verdad. Una verdad tímida, una verdad sin aristas, una verdad sencilla y noble como las gentes que habitan esas aldeas sin relojes, esas casas ajenas a las prisas, esas plazas donde los días se abren con la solemnidad del bronce y de la campana, con el rigor del luto y el silencio. Zamora es un enamorado de la España profunda, que en justa correspondencia le ofrece lo mejor que tiene: esa forma humilde y auténtica de la belleza que se funde y se confunde con la verdad. Por los siglos de los siglos. Click y amén.

















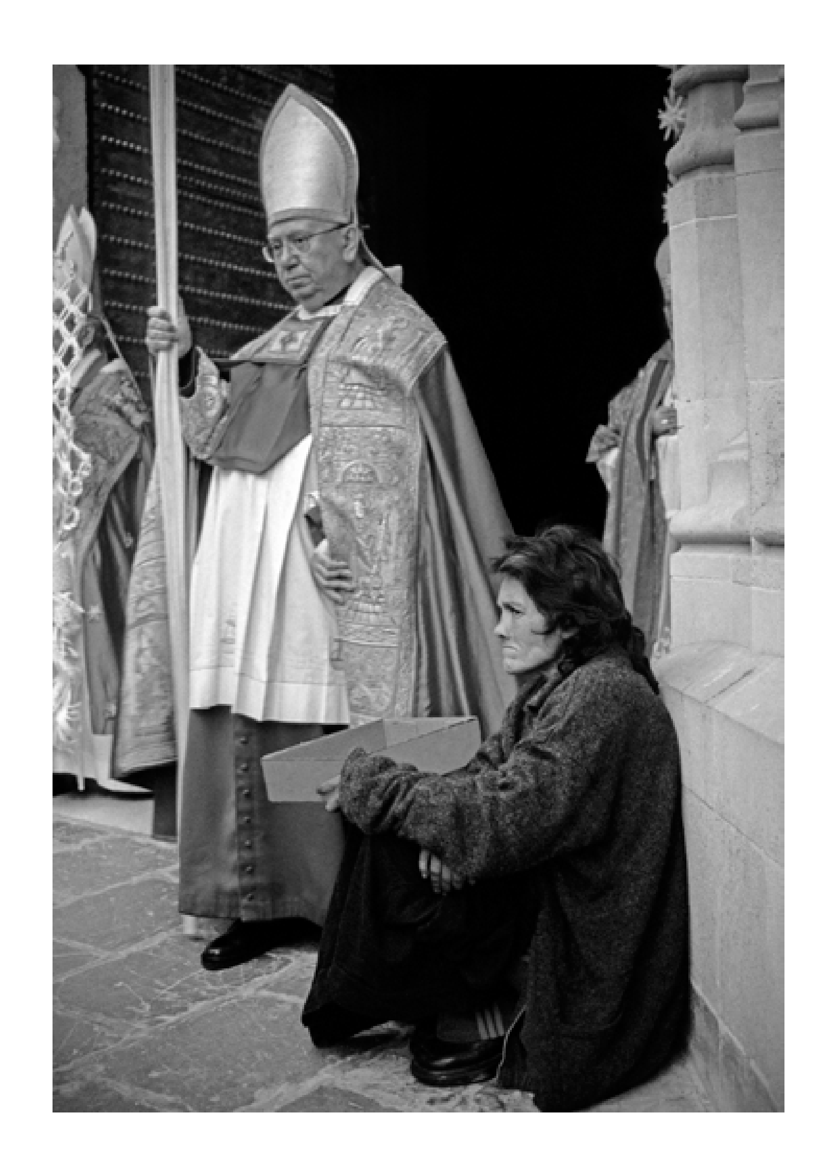




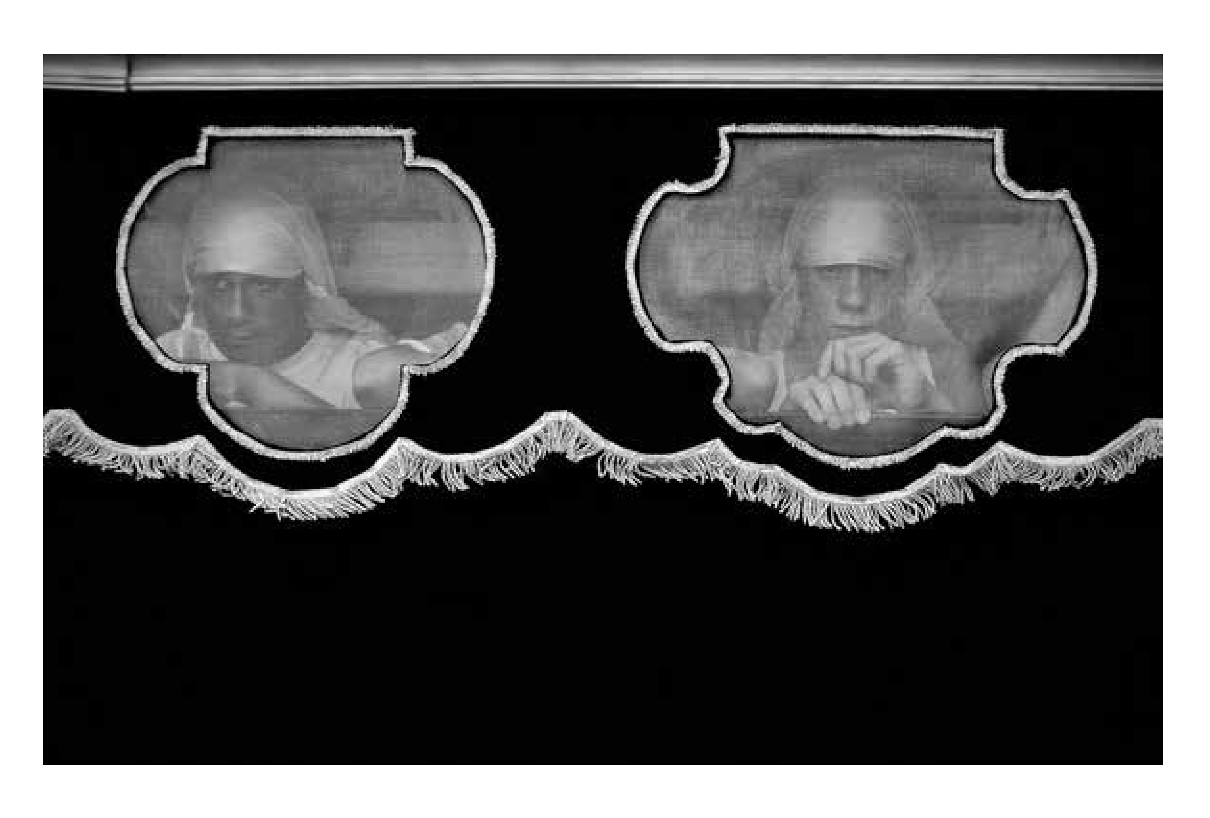

VIEJO












Palabra de Dios









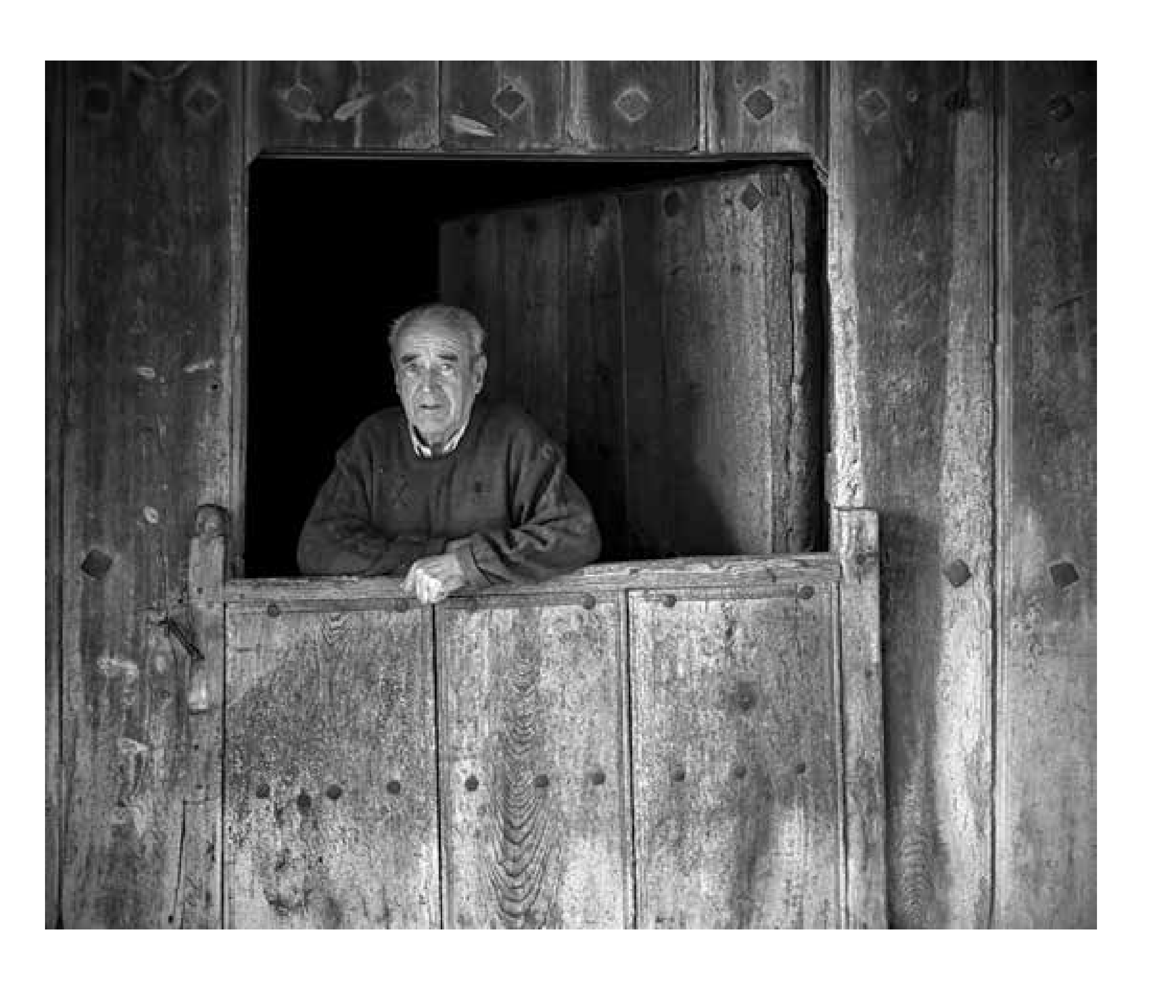

03

















Índice de fotografías



José Antonio Zamora. Fotografía de Francisco Robles.

José Antonio Zamora Moya

Sevilla. Diciembre 1958

Se inició en la fotografía en 1984. Tiene publicados varios libros:

Semana Santa en Sevilla, con Javier Comas y Manuel Lovillo. Editorial Algaida (Grupo Anaya)
Momentos. Semana Santa de Sevilla. Editorial Algaida (Grupo Anaya)
Vivencias. La Romería del Rocío. Editorial Algaida (Grupo Anaya)
Pasiones. Semana Santa en Sevilla. Editorial Algaida (Grupo Anaya)
Miradas. Semana Santa en Sevilla, con textos de Francisco Robles. Editorial Algaida (Grupo Anaya)
Sevilla. Monumental y Turística, con textos de Carlos Colón. Editorial Everest.
De tapa en tapa por Sevilla, con textos de José Antonio Garmendia. Editorial Everest.
Costa de la Luz. Editorial Everest.

Sus fotos han ilustrado también:

El Cossío. Editorial Espasa,
Historia Universal del Arte. Editorial Espasa.
Joselito, el rey de los toreros. Editorial Espasa.
Volver a Sevilla. Editorial Anaya.
Sevilla Universal. Expo 92/Editorial Algaida.
Guía Oficial Expo 92.

Ha obtenido premios del Ministerio de Cultura, Junta de Andalucía, Ayuntamiento de Málaga, Ayuntamiento de Sevilla, Ayuntamiento de Gandía, Kodak, Nikon, Agfa, Rutas del Mundo.
Premio de fotografía Ciudad de Málaga.
Premio de fotoperiodismo Jesús Martín Cartaya.
Es autor del cartel oficial de la Semana Santa de Sevilla de 1989.
Colabora con varias agencias y ha realizado fotografías para EA Sports, Sony, Scania, Renfe, Reebok, Cajasol, liga ACB de baloncesto, Selección Española de baloncesto, Gigantes del Basket. Don Balón, Futura, Marco Polo.
Ha publicado sus fotos en *National Geographic* y diversos diarios y revistas nacionales e internacionales. Fotos suyas han sido seleccionadas por *National Geographic* como *Photo of the Day*.
Premiado por *National Geographic* en el *Travel Photographer of the Year* 2019.

El tiempo sin tiempo **de José Antonio Zamora**

se terminó de imprimir el día diez de junio

de dos mil veinte en Sevilla

[...] El tiempo en fotografía es un clic, es un instante, pero en ese instante está todo. Como decía Cartier-Bresson, el instante decisivo. Cuando aprietas el botón, una cosa que sucede en la línea del tiempo se puede quedar congelada en ese punto. Congelada y detenida para siempre. Puede volver a pasar, pero ya no será igual. Será otro suceso, otra cosa. El fotógrafo tiene la capacidad de decidir cuál es el momento de ordenarlo a su gusto. En ese momento eres un creador. Ahí está la clave artística de la fotografía: más que hacer una foto, la creas.

9 788447 230167

